

## LETRAS AL MARGEN

## ELDESCONOCIDO

ANTONIO DI  
BENEDETTO

✎ EDUARDO ANTONIO PARRA

La primera vez que entré en contacto con la obra de Antonio di Benedetto fue gracias a que me topé con un pequeño volumen de relatos, publicado por la editorial Bruguera en su colección Libro Amigo, cuyo título era *Caballo en el salitral*. Me llamó la atención entonces que, a manera de prólogo, aquel librito llevara dos cartas y un texto firmados nada menos que por Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y Manuel Mujica Láinez, acaso los narradores argentinos que más admiraba, quienes, además de alentar al lector a introducirse en la obra, saludaban a Di Benedetto como uno más entre los grandes escritores del Cono Sur. Con su sobriedad acostumbrada, Borges le decía en su misiva al autor: “Usted ha escrito páginas esenciales que me han emocionado y siguen

emocionándome”. Cortázar era un tanto más analítico, pues afirmaba que la lectura de un relato de Di Benedetto le había despertado un sentimiento: “Ese sentimiento es el del anacronismo, pero la palabra no debe ser entendida con la carga de negatividad que casi siempre tiene en materia literaria. Di Benedetto pertenece a ese infrecuente tipo de escritor que no busca la reconstrucción arqueológica del pasado —como *Salambó*, como *La gloria de don Ramiro*—, sino que *está* en ese pasado y, precisamente por eso, nos acerca a vivencias y a comportamientos que guardan toda su inmediatez en vez de llegarnos como una evocación, como una exhumación”. Por su parte, Mujica Láinez, en su respectiva carta al autor, mostraba su entusiasmo con estas palabras: “Tienes un don excepcional de

penetración psicológica, gracias al cual trazas personajes en los que una mística singular se suma a una honda y conmovedora vocación de soledad digna. Indagas en sus almas y en sus actitudes, usando un idioma que te pertenece, y que el lector menos avisado reconoce enseguida”.

Con estas “recomendaciones” me resultó difícil sustraerme a la lectura del pequeño volumen, y al recorrer sus textos poco a poco fui comprobando que ninguno de los tres prólogos había sido motivado por la amistad. Al contrario, la prosa de Antonio Di Benedetto es capaz de suscitar elogios semejantes, no sólo entre escritores acostumbrados a las técnicas, procedimientos y estrategias narrativas de un colega, sino entre lectores comunes que se adentran en una obra desconocida en busca de historias que los mantengan



atrapados por “lo que cuentan”. Es decir, este narrador argentino posee la capacidad de satisfacer tanto a los especialistas como a quienes se acercan a las novelas y a los cuentos con la pura intención de pasar un rato agradable entre sus páginas. Prueba de ello podrían ser algunos de los cuentos que integran la colección, como el que le da título, “Caballo en el salitral”, donde se narra la aventura agónica de un penco encargado de atravesar un campo pedregoso arrastrando un carro entre rocas y peñascos puntiagudos, filosos, que bien podrían recordarnos la travesía del explorador inglés Richard Burton por las Montañas de la Luna, cuando buscaba la fuente del río Nilo en el corazón del continente africano.

Otro relato inolvidable del volumen es “Aballay”, al cual se refieren en sus textos introductorios

Borges, Cortázar y Mujica Láinez. En él Di Benedetto desarrolla una actitud peculiar, aparentemente olvidada por las costumbres contemporáneas, cuando su protagonista es “tocado” por un mensaje de la divinidad y decide, tras haber vivido en el pecado constante, llevar de ahí en adelante una vida de penitencia. El “mensaje de lo alto” le llega a través de la voz de un predicador, aunque no a modo de sermón sino envuelto en las historias de los penitentes antiguos, aquellos que se trepaban a una columna en el desierto o se metían en una cueva para pasar en ella el resto de su existencia. Aballay, por tanto, al optar por emularlos, decide continuar su vida arriba de su caballo, sin volver a pisar la tierra nunca más, y así lo hace, en una suerte de hazaña privada que guarda algún parentesco con la del

protagonista de *El barón rampante*, de Italo Calvino.

Bastarían este par de historias —sumadas al inconfundible estilo del autor: poético y parco, con un ritmo lento en el que las palabras parecen martillearnos el cerebro— para hacer de *Caballo en el salitral* una notable colección de relatos. Sin embargo, conforme uno avanza en la lectura se va topando con piezas de la misma calidad, todas ellas distintas, unidas por la visión particular de un escritor que no se deja llevar por los temas de moda y por un lenguaje que se distingue por su ritmo y melodía, tanto por las resonancias antiguas que desliza en nuestros oídos. Antonio Di Benedetto experimenta con temas y puntos de vista, sin dejar nunca de sorprender, como en el pequeño cuento titulado “El abandono y la pasividad”, donde en tan sólo tres páginas se narra

una intensa historia de amor y de ruptura sin que intervenga ningún personaje, a través de la descripción “humanizada” de los objetos y muebles que quedaron abandonados en la habitación donde cierta pareja llevaba a cabo sus encuentros.

Por supuesto, los relatos que integran este volumen son muchos más, y casi cada uno de ellos merecería un comentario individual, como “Amigo enemigo”, “Felino de Indias”, “As”, “El juicio de Dios” o “Pintor pintado”, pero como estas palabras pretenden contar la historia de mi encuentro con la obra del autor y no únicamente la de una sola lectura, sigo con mi acercamiento al resto de su obra.

En la venta de saldos de una librería regiomontana encontré en una ocasión la primera novela de Antonio Di Benedetto, *Zama*, publicada por Alianza Editorial en su colección Libro de Bolsillo. Como ya conocía algunos de los relatos del autor, no me sorprendió leer en la cuarta de forros que, según opiniones de escritores y lectores, *Zama* es “una de las pocas novelas perfectas de la literatura hispanoamericana”. Y lo es, en una forma que me resulta un tanto difícil de explicar. Zama, el protagonista que presta su nombre a la novela, es un funcionario del gobierno colonial en la América del Sur anterior a la independencia que es enviado a un pueblo alejado de las grandes urbes de la época. Su intención es hacer méritos para retornar “a la civilización” con un nombramiento importante,

pero poco a poco comienza a ser consumido por la espera, al tiempo que se va envolviendo en la lenta vida pueblerina hasta fundirse en ella, ya sin la esperanza de ser trasladado. En este abordaje del tema de la espera indefinida, el estilo del lenguaje es esencial para transmitir al lector una sensación de inmovilidad absoluta —aunque pasen muchas cosas—, de lentitud desesperante, de ausencia de opciones, de resignación ante los poderes superiores, que bien puede ser la que vive el ser humano en ésta o en cualquier otra época. Un estilo que sin duda alguna influyó en ciertos narradores argentinos más jóvenes que Di Benedetto, sobre todo en alguien como Juan José Saer, si pensamos en su novela *Nadie nada nunca* y en varios de sus relatos.

Antonio Di Benedetto fue un narrador sin prisa, que destilaba con tiempo y cuidado las obras que fue publicando a lo largo de los años. Murió en 1986 (había nacido en 1922) y en vida publicó sólo diez títulos, casi todos desconocidos por el gran público lector en nuestro país (si es que algo así existe entre nosotros). De su primera novela, *Zama*, a la segunda, *El silenciero*, hay ocho años de distancia, y de ésta a la tercera, *Los suicidas*, median cinco. Se inclinaba hacia temas poco transitados por la literatura y, si abordaba un tema un poco más común (como el del suicidio), lo hacía de un modo muy personal, siempre alejado de los lugares y los procedimientos comunes. Según

dicen quienes lo conocieron y siguieron de cerca su trayectoria, su trabajo periodístico le impidió dedicarse de lleno a la literatura, oficio que abandonaba por largas temporadas. Sin embargo, al leerlo se da uno cuenta de que, si bien no publicaba tan seguido, es evidente que nunca abandonó el trabajo literario: cada una de sus páginas es una muestra de dedicación absoluta, de mucho tiempo enfrascado en cada página para dotar el lenguaje narrativo de algo muy cercano a la perfección.

Y como suele ocurrir con los grandes autores desconocidos o poco conocidos, tuvieron que pasar más de dos décadas después de su muerte para que su obra vuelva a circular. Ahora, por iniciativa de la editorial argentina Adriana Hidalgo editora, es posible leer toda la obra del autor, ya sea en volúmenes independientes (tal como el autor publicó libros de relatos y novelas), o bien las novelas por separado y los textos breves reunidos en el libro *Cuentos completos*. No se trata de una editorial cuyos libros circulan en grandes cantidades en nuestro país, por lo que, si algún lector quiere acercarse a la obra de este gran narrador, deberá estar al pendiente en ferias y librerías por si se topa con uno de estos títulos. No se decepcionará. Es un autor al que hay que conocer y, si uno quiere escribir narrativa, aprender de él las sutilezas del estilo y de la composición. ∞